

## SERMON SEXAGÉSIMO SEGUNDO.

### De la tentacion.

El libre albedrío es el punto de partida del órden moral y religioso; y la primera consecuencia del libre albedrío es el estado de prueba, segun os he hecho ver en nuestra última conferencia, al mismo tiempo que os exponia la naturaleza de la prueba á que fué sometido el género humano. Esperais tal vez que os diga cuál fué el resultado, y lo qué hizo Adan, hallándose colocado entre el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero aún no, señores, porque entre la prueba y la eleccion hay otra cosa intermedia, que es la tentacion. Ya hemos dicho que la prueba es una ocasion que da lugar al ser libre para pronunciarse por el bien ó por el mal; la tentacion es el acto de una inteligencia que usa de sus fuerzas para arrastrar al mal á otra inteligencia, ó para determinarla al bien. Os diré no obstante, que en el lenguaje comun y aun en el de la Escritura, la palabra tentacion se toma indiferentemente en el sentido de prueba; y en este sentido dice el arcángel Rafael al patriarca Tobías: *porque eras agradable á Dios, ha sido necesario que te probase la tentacion* (1). Os diré tambien que esta palabra significa mas comunmente una sugestion al mal que una sugestion al bien; y por esto el apóstol Santiago hace observar que Dios no tienta á nadie (2). No obstante David ha dicho en sus salmos: *Probadme, Señor, y tentadme, quemad mis riñones y mi corazon* (3). Y Moisés decia á los Hebreos en el desierto: *Interrogad á los tiempos antiguos, y ved si ántes de vosotros se habia escogido Dios un pueblo de entre los pueblos, por tentaciones, signos y prodigios* (4). No creo, pues, abusar de la lengua humana ni de la lengua religiosa, sirviéndome de la palabra tentacion para expre-

(1) Tobías, cap. 12, vers. 13. — (2) Cap. 1, vers. 13. — (3) Salmo 25, vers. 2. — (4) Deuteronomio, cap. 4, vers. 34.

sar ya la induccion al bien, ya la induccion al mal, que tiene lugar por la accion de una inteligencia sobre otra. Además, la serie misma de las cosas os advertirá suficientemente el buen ó mal sentido que yo le dé.

La doctrina católica nos enseña que el hombre primitivo ha sido inducido al mal. ¿Por qué y por quién lo ha sido? Hé aquí las dos cuestiones que me propongo aclarar en el dia.

Considerando al mundo, tal cual se nos ofrece en toda la duracion de su historia, es manifesto que no solo es probado el hombre por circunstancias que le dan lugar para escoger entre el bien y el mal, sino tambien que es inducido formalmente á uno ó á otro por diversas influencias que tientan su espiritu. Si no tuviéramos que experimentar mas que la prueba, estaríamos abandonados á nosotros mismos, enfrente de dos caminos que se abren ante nuestra inteligencia y nuestra voluntad; solo se hallaria á la entrada de uno y de otro, y á lo largo de su curso, una invitacion muda que resultaria del placer ó de la pena que ellos nos ofreciesen. Pero no sucede así. Desde los primeros pasos que damos en esta vida, los que nos preceden ó que nos acompañan se esfuerzan en atraernos á sí, persuadiéndonos que siguen el camino verdadero. Y nosotros mismos, despues de haber sentido en nuestra conciencia esta accion extraña, la ejercemos en bien ó en mal sobre los nuevos viajeros que el flujo de las cosas acerca á nosotros. No obstante, por una piadosa disposicion de la Providencia, la buena tentacion se adelanta ordinariamente á la mala, y el primer camino que nos abre lo es en el sentido de nuestro verdadero fin.

¿Quién os ha recibido en la vida? ¿Cuál es la mano que os ha abierto los ojos, la mirada que os ha iniciado en la vision, la palabra que ha hecho abrirse el oido de vuestra oreja? ¿Cuál es el alma que ha conmovido con su estremecimiento la vuestra aun dormida? Es el alma que mas os ha amado entre todas, que os ha amado con un amor único por su pureza, su ternura y su desinterés. Dios, llamándoos á la vida, ha creído que no hacia lo bastante su bondad, si no os preparaba por cuna el corazon de una madre. Mientras que toda criatura es inducida por el egoismo que le oculta lo verdadero para ella misma y para los otros, el corazon de una madre marcha con todo su peso sobre la pendiente del sacrificio, y toma en ella una especie de infalibilidad moral, que no le permite engañarse, por decirlo así, sobre el alimento espiritual que conviene á la felicidad de su hijo. Paganana ó cristiana, musulmana ó adorando los ídolos, la mujer al dar

un hombre al mundo, se halla investida de una fe en Dios, de quien recibe su maternidad; y aunque no le conozca tal cual ha salido él mismo del seno de una vírgen, depura su creencia en el fuego de su amor, y jamás caerá de sus labios la blasfemia sobre el alma que ha concebido. El error que le dé por ignorancia contendrá toda la verdad que ella posee, y el niño mecido sobre sus rodillas creará y rogará, porque la fe y la oracion son los dos grandes bienes del hombre. Hé aquí, señores, cómo se inauguró vuestra vida, y cuál es la primera seducción de que fuisteis víctimas. Vuestra madre os impuso las manos; estas manos eran sagradas; ella os ungió con una unción de creencia y de amor, esta unción era inefable; os tocó con sus labios, y este beso caído del cielo sobre vosotros es el primer sacramento que habeis recibido.

¡Tiempo precioso que la Providencia no quiso limitar al sol de un solo día! Siete años se os han dado bajo esta tutela del alma; por espacio de siete años enteros no os disputará nadie los abrazos y las lecciones de vuestra madre. El que os ama mas despues de ella, no tiene como ella todos sus deberes en su ternura: es hombre. Cada mañana, pronto á salvar el umbral de su hogar, se detiene un momento en vuestra cuna, y ya enteramente pensativo de los cuidados del día, se sonríe y pasa. Su fuerte mano debe manejar la azada, tal vez la espada ó el cetro pesado de la justicia; pero sea que descienda al foro ó que vaya á trazar en la tierra un oscuro sulco, os deja á merced de un amor mas dichoso y mas perfecto que el suyo. Por la tarde, cumplida su tarea, con el corazón contento pero cansado, os da otra mirada, y se dice en un suspiro: Hé ganado hoy el pan de mi mujer y el de mi hijo, Dios sea bendecido.

Así se deslizan vuestros primeros años, solos con una alma que derrama en la vuestra su vida, su pensamiento, su fe, su fisonomía, su virtud, y que aunque fuese depravada, os iniciaría aún en el bien por el solo efecto de un sacrificio real y perseverante á favor de vosotros. Desde Jesucristo principalmente, desde que Dios moró en el seno de una mujer, la maternidad ha venido á ser el misterio mas eficaz de la santidad, y las generaciones cristianas toman de su tacto en este foco de una luz regenerada un carácter de mansedumbre y de inclinación á Dios, que les sigue hasta el sepulcro. La mujer cristiana, habiendo sido vista una vez por los hombres, no pasará ya de este mundo, y prometiendo la naturaleza á su seno la misma fecundidad que la gracia, podemos estar seguros de que

el Evangelio y la vida no son ya separables en la humanidad. Fluyen de la misma fuente y constituyen un mismo tesoro.

Sin embargo, no se detienen aquí las precauciones divinas para asegurar al bien, en su lucha con el mal, las primicias de la tentación. Cuando se ilumina vuestra razón á la edad de siete años, y la mano de una mujer, por sublime que sea, llega á ser sobrado débil para contener la vuestra, no creais que va á entregaros Dios sin transición al rudo tacto del hombre. No; aún no es tiempo; el hombre no es bastante puro para que Dios le confie la inocencia y la debilidad de vuestra edad. Al afecto y al sacrificio de la madre sucede el del sacerdote; al sacramento del orden natural el sacramento del orden sobrenatural. Dios se ha escogido en la humanidad una tribu particular, imagen mas perfecta de su hijo, dedicada á la dulzura, á la pureza, al sacrificio, y cuyos miembros todos, cualquiera que sea su edad, se revisten con el nombre de sacerdotes, es decir, de ancianos; porque han recibido de la gracia divina una paz prematura en sus corazones, y no sé que de piadoso, de amable y de bueno, que desciende de arriba sobre la vejez y hace de ella tan bella corona de la vida. El sacerdote tiene la fuerza del hombre templada por la bondad de Dios; es despues de la madre la segunda representación de la paternidad divina, mas elevada porque ella es sobrenatural, mas entera porque corresponde á todos los grados de nuestra existencia. Al sacerdote es, pues, á quien conduce á su hijo, la madre semidestronada por el tiempo; le cede una parte de su imperio, para que unida la ternura de la gracia á la ternura de la naturaleza, cautive aquella alma, y haga abrirse los gérmenes preciosos que en ella fueron depositados. Esta segunda iniciación se extiende hasta los doce ó catorce años, entre la aurora de la razón y la aurora de las pasiones, y así como el niño creía en Dios sobre la autoridad de su madre, el adolescente cree en él sobre la autoridad del sacerdote. El primer amor le da su primera fe, el segundo amor le da su segunda fe. Creía y oraba á los piés del crucifijo de su madre; cree y ora á los piés del hombre que le ofrece una imagen viva de Cristo.

Así fuisteis conducidos todos, señores, hasta la edad en que pudisteis discernir plenamente el bien del mal, y en que dotada vuestra conciencia de fuerza y de luz, fué capaz de llevar ante Dios el peso de una justa responsabilidad y el peso de otra tentación. Héos aquí revestidos con la vestidura viril de la verdad; dueño es el error de aparecer y de asaltaros á su vez; por mucho amor que se os tenga,

no se os puede ya preservar de sus golpes. El error existe, es un poder, y vosotros sois un ser libre, reclamando vuestra libertad como un peligro necesario y un derecho cierto. Recordad la hora. La negacion y la blasfemia no nacieron en vosotros por una generacion espontánea; se os presentó la serpiente, como á Cleopatra, en un vaso de flores. Digo á propósito la serpiente; porque esta es la expresion con que aja la Escritura la inteligencia perversa que abusa de sus dones para engañar á otra impeliéndola al mal. ¿Quién fué para vosotros la serpiente? ¿Quién os hizo la primera herida en el alma? ¡Ay! un hombre á quien admirais; tal vez un libro. Abristeis al azar algunas de esas hojas á que da el pensamiento su inmortalidad; leisteis en él la duda, la mofa, el odio á Dios disfrazado en amor á los hombres. Esto fué bastante; el brillo de estilo y toda esa gloria que sale de un libro os deslumbraron el corazon. Consentisteis en despreciar lo que adoraba vuestra madre, en doblar la rodilla ante lo que ella despreciaba. ¿Por qué? ¿Os habia amado ese libro? ¿Os habia dado pruebas de que queria vuestro bien? No, pero era elocuente, superior á vosotros en edad, en ciencia y en razon. Os habia vencido. Y no obstante, vosotros y yo, porque yo no me separo de vosotros en esta triste historia, no obstante, nos envaneiamos de nuestra derrota, y nos parecia, al entregar cuerpo y alma á la seduccion de un desconocido, que comenzábamos á hacernos hombres. Niños á quienes habia puesto Hércules en su onda y arrojado á la mar como á Hylas, nos complaciamos en la caída y en el abismo, y mirando de lejos del medio de las olas á nuestro insolente vencedor, le dirigiamos con la candidez del primer orgullo este grito insensato: Hércules, nos has vencido, pero es para hacernos grandes como tú.

Habiase abierto el surco del error en nuestra inteligencia, y lo debiamos al triunfo de una tentacion. Pero nos esperaba otra; porque la corrupcion del corazon sigue de cerca á la del entendimiento, y, como la de este, tiene por principio ordinario una seduccion.

No hay duda que llevamos al nacer el germen vergonzoso de los desórdenes del corazon. Este germen crece en él sordamente, y puede abrirse un paso por sí mismo en un momento imprevisto de nuestros años. Pero esto no es mas que un accidente. Cuando el alma se agranda en la misma proporcion que el cuerpo, conserva una supremacía apacible que suspende la ola de las pasiones. La naturaleza no se conoce á sí misma, mientras no es advertida por un sacudimiento extraño, y se encuentran jóvenes de diez y ocho

años cuya respiracion es tan calmada y su inocencia tan trasparente como la de un niño. Separados de toda tradicion corruptora en el seno de sus familias, alimentados de fe, de trabajo y de amor, atraviesan su edad, sin sospechar el peligro, como duerme un cordero en un bosque de bestias feroces. Con solo mirarlos, nos sentimos conmovidos hácia Dios, y no hay en toda la tierra un perfume que dé mejor que este la idea de la pureza y de la belleza del cielo. Pero la mayor parte, aun entre los buenos, no conservan esta virginal integridad. La serpiente que hiere el entendimiento, hiere tambien el corazon. No os pintaré esta segunda tentacion, por temor de que los velos de la palabra no hagan traicion á pesar mio al respeto que debemos á la virtud, y que queriendo inspirar el horror del vicio no hagamos aun menos que lo que hace el silencio mismo. Bástame deciros que la inocencia perece en el hombre de la misma manera que la verdad, por efecto de una accion extraña que revela el mal é induce á él al alma que no lo buscaba.

Hácia los treinta años, habiendo llegado el hombre á la casi plenitud de sus facultades, joven aún, pero menos afectable, comienza á volver la vista hácia un horizonte nuevo. Aspira á la vida pública, ya para colmar por el movimiento de los negocios graves los vacíos que abre en él la experiencia, ya á causa de la satisfaccion de sí mismo que produce el ejercicio de un gran crédito, ya por el deseo de llevar á la cosa pública el auxilio de sus luces y de su probidad. Esta ambicion en sí, sale de la naturaleza, y no tiene nada que no sea humanamente generoso. La vida pública es uno de los objetos legítimos del hombre, y en los pueblos en que se agota esta fuente, se ven rebajarse gradualmente los caracteres, por falta de un teatro que se preste á las fuertes virtudes. Por esto la antigüedad pagana, á pesar de todo cuanto le faltaba de la parte de Dios, supo colocar tan alto su historia en los países que tenian un foro, y por esto es por lo que impone aún á nuestra admiracion de cristiano las hazañas de sus héroes. Así, el primer instinto del hombre, al llegar á la vida pública, es el sacrificio. Hay en los negocios de un pueblo una elevacion religiosa que toca al alma y la inspira santos pensamientos. Sentímonos responsables, á la manera de la Providencia, de la suerte indefinida de una larga posteridad de hombres; y este espectáculo presente al espíritu suscita en él á un mismo tiempo las emociones de la conciencia y los ímpetus del orgullo. Pero en esto como en lo demás, tiene el mal sus profetas y su tentacion. Al lado de Cincinato se apa-

rece Catilina; no lejos de Aristides, se encuentra á Verres ó á Maquiavelo. Maquiavelo es el hombre que ha tenido el triste honor de erigir en sistema y en arte el uso egoista del poder, y su nombre se ha hecho en el órden político el nombre por excelencia del espíritu tentador. Maquiavelo se desliza, pues, al oído del jóven patricio: « Sed cauto, le dice, y ved bien lo que vais á hacer. La patria, la libertad, la justicia son nombres ilustres; pero nombres que sirven menos á la república, que á los ambiciosos que se cubren con su brillo. No os engañéis, el mundo es para los hábiles, y no para los generosos. El mundo es una muchedumbre que sirve de hincapié á algunos, y el derecho no es mas que el disfraz del mas fuerte en presencia del mas débil, una respuesta á los vencidos, la retaguardia del triunfo. El triunfo lo es todo. Y estando siempre el triunfo de parte del mas fuerte, sabed entrever en las coyunturas de los tiempos y de los negocios el punto donde está la fuerza y con ella el porvenir. Si el porvenir os da un mentís, no fundéis el honor en obstinaros en una falta, sacrificad á Marco Antonio y corred á Augusto; jamás se llega demasiado tarde al campo del victorioso. No os detengan las palabras de inconstancia y de traicion; nadie es traidor por permanecer en pié, ni inconstante por seguir los pasos de la fortuna. »

No me acusaréis, señores, de traducir mal á Maquiavelo; son tantos los políticos que lo traducen en sus actos, que es difícil traducirlo mal en discursos. Sus tiros emponzoñados son los últimos que alcanzan á la conciencia, y hacen en ella una herida casi siempre irreparable, porque no le queda nada en el órden de la naturaleza para rejuvenecerse y regenerarse. Los errores de la infancia tienen su remedio en la luz y en la generosidad de la juventud; los de la juventud se reforman en la escuela de la experiencia; pero el hombre maduro no tiene ante sí mas que los hielos de la edad, tiempo que no es ya el de las inspiraciones, y en que el alma no tiené fuerza sino para retener las virtudes que cultivó siempre. Por esto la corrupcion del carácter por el egoismo político es la consumacion del mal, su término supremo, y como el sello puesto en una criatura perdida. Mientras está salvo el carácter, subsiste aun la humanidad, y podemos decirnos: si he desconocido la verdad, si he sacrificado demasiado á los deseos de los sentidos, al menos no he vendido mi patria á mi ambicion; no se me ha visto arrastrarme por un sueldo vergonzoso á los piés de la injusticia coronada, prostituirle mi voz, cambiar á su placer de ideas y de amistades. He permanecido sensible á las cosas que son las de todos; y culpable para con Dios, y para con-

migo, he respetado la naturaleza humana respetando mis deberes públicos.

¡ Cuántos hombres hay, señores, que no pueden hablarse á sí mismos este lenguaje! y ¿ qué les ha perdido sino es el ejemplo y la insinuacion de inteligencia á inteligencia? Es, pues, cierto que en todos los grados de la vida, abre la tentacion la carrera de nuestros destinos; tentacion de inteligencia, tentacion de corazon, tentacion de carácter, ella es un hecho universal y perpetuo, un hecho humano por consiguiente y que pertenece á la constitucion misma del órden moral. Pero ¿ por qué? Porque, señores, el mundo es una reunion de seres activos, libres de escoger entre el bien y el mal, y que cercan unos á otros por todas sus facultades, son en sí mismos el objeto recíproco de su accion. Si cada hombre estuviese solo, no seria tentado sino por sí, por el ejercicio interior incomunicable de sus pensamientos; creariase un destino aparte de todos los demás destinos, como esas plantas que ha llevado el tiempo á la cima de una roca escarpada, haciendo brotar en una grieta desconocida su tallo solitario. Pero no es así respecto de la humanidad: la humanidad es una asociacion de espíritus, y no estando unidos los espíritus sino por ideas y voluntades semejantes, existe necesariamente entre ellos un proselitismo ardiente en que se ven los mas débiles expuestos á la seduccion de los mas fuertes para el bien ó para el mal. Porque el bien y el mal corresponden al solo objeto posible de la humanidad que es Dios, el uno para acercarnos á este término, el otro para alejarnos de él, y así dividen nuestra actividad, nuestro proselitismo, en dos corrientes contrarias que se disputan el imperio de las almas. La actividad se propone la asociacion, porque el aislamiento la condenaria á la inercia, es decir, á la muerte; la asociacion se forma bajo la ley de Dios, ó fuera de esta ley, y saca de esta alternativa un doble proselitismo que tiene por arma una tentacion doble: la una que lleva á Dios, como al fin último de los seres y de las fuerzas; la otra que desvia de él, como del primer principio de toda sujecion. Es á un tiempo mismo la historia del mundo y su explicacion. Habiendo venido vosotros á esta escena peligrosa, sesenta siglos han depositado al rededor de vuestra cuna los esfuerzos opuestos del partido del bien y del partido del mal, y han codiciado vuestra alma como una presa ó como un deber. ¿ Qué podréis desear vosotros, sino que tuviera el bien seguro el paso sobre el mal, y que os guardase piadosamente hasta la edad en que llevarais en vuestra eleccion la libertad del discernimiento? Esta guardia divina no os

ha faltado. Así como al principio fué Dios, segun la naturaleza y segun la gracia, el institutor del hombre primitivo, así ha velado tambien la luz de un doble amor sobre vosotros, y os ha dado todo lo que tenia. El error, el deleite, la ambicion han venido despues. ¿Por qué os admirais de que hayan hecho por Adan lo que han hecho por vosotros? ¿Por qué siendo un ser libre y sujeto á la prueba, no habia de haber sufrido como vosotros la ley general de la tentacion? ¿Por qué habiendo gozado de una induccion al bien, la mas magnífica y mas perfecta que hubo jamás, no debia de haber sido él el objeto de una poderosa induccion al mal? La doctrina católica afirma que sucedió así, y basta para demostrarlo la analogía.

¿Pero qué podia tentar á Adan en el sentido del orgullo y del egoismo? ¿No estaba solo en el mundo con una compañera tan santa como él? No, señores, no estaba solo; y si os acordais del plan de la creacion, tal como os lo expuse hace apenas dos años, sabréis que perteneciendo el hombre por su cuerpo al mundo visible de la materia, y por su alma al mundo invisible de los espíritus, era el centro donde tomaba su unidad el orden total de las cosas creadas. Ya os he dicho las razones de este progreso indefinido de los seres entre la nada y Dios; y cómo Dios, para establecer el orden sobre esto, debió servirse de dos elementos, el uno de pequeñez, que es la sustancia material, y el otro de grandeza, que es la sustancia intelectual, de donde habia llegado un punto de union necesario entre uno y otro, que es el hombre. Colocado así el hombre en la frontera de los cuerpos y de los espíritus, el primero del orden inferior, y el último del orden superior, tenia con ambos relaciones que constituian su unidad; porque si no hubiese habido relacion sino abajo ó arriba, en lugar de subir el movimiento general de la creacion sin interrupcion hasta Dios, se hubiera roto en su mismo centro, no dejando el medio de concebir porqué quiso y fundó el Criador la ascension progresiva de los seres. Porque seres que no tienen accion unos sobre otros, permanecen extraños unos á otros, y en lugar de formar su superposicion gerárquica una armonía, no hacen mas que dar al caos la apariencia del orden. Adan estaba, pues, unido á los dos hemisferios del mundo por relaciones reales; y lejos de confundirse en la soledad de una ociosa perfeccion, era de todas las criaturas la que, correspondiendo á mas cosas, daba y recibia mas vida. Desde entonces, su tentacion era una obra tan fácil como lógica, y no se la puede negar sino sosteniendo una de estas tres proposiciones: ó que no existen espíritus superiores al hombre, ó

que estos espíritus no tienen relacion con el hombre, ó en fin, que colocados bajo la ley del libre albedrío y de la prueba, ninguno dei ellos ha podido faltar y tentar al hombre en el sentido del mal.

Ya os he dado la razon de porqué hay espíritus de una naturaleza mas elevada que la nuestra, razon tomada del plan general del universo, y acabo de recordárosla; pero es aun mas fácil convencerse de ello abandonando las alturas metafísicas del consejo de Dios para considerar el espectáculo de las cosas tal como se nos aparece. El mundo se compone visiblemente de una serie indefinida de seres que, de los grados mas oscuros de la organizacion y de la vida, se elevan lentamente unos sobre otros en una variedad fecunda, cuyo término inferior no se descubre en ninguna parte. Por mucho que descendamos al través de los abismos de la naturaleza, jamás se encuentran en ellos el vacío ni la nada; allí donde se detiene nuestra vista, no se detiene el presentimiento; y si viene á crear la ciencia algun instrumento que acrezca nuestra vision de la parte de lo infinitamente pequeño, contamos con estupor muchos mundos en una gota de agua. ¿Cómo habia de suceder que la progresion ascendente de los seres fuese menos rica que su progresion descendente? ¿Cómo se habia de haber agotado en la disminucion la omnipotencia divina, y llegando una vez al límite donde comienza el espíritu, no habia de haber encontrado ningun recurso para multiplicar sus grados? ¿Es posible crearlo? ¿Es posible imaginarse que el hombre sea la cima de la creacion, y que no se haya desarrollado el don de la inteligencia sino al través de la envoltura y de las sombras de los cuerpos? Es cierto que no vemos con nuestros ojos sensibles la gerarquía de los espíritus puros; ¿pero vemos acaso toda la de los cuerpos? ¿Hemos penetrado hasta el fondo del firmamento para coger en él la última estrella, y hasta las entrañas de la tierra para arrancar de ellas los últimos secretos? ¿El mundo material se oculta á nuestras miradas, y nos admiramos de que el mundo espiritual no se entregue á su tosco esfuerzo! Y no obstante lo descubrimos, pero en el modo de conocer que le es propio, es decir, por la inteligencia, por esa ley del pensamiento que llamamos analogía, y que no nos permite romper una progresion en el punto en que perderia por esta ruptura su valor y su razon de ser. La multiplicacion gerárquica de los espíritus es la consecuencia necesaria de la multiplicacion gerárquica de los cuerpos inanimados y de los cuerpos vivos; ó bien es preciso admitir que Dios ha querido menos á criaturas inteligentes que á los gusanos de tierra; que ha hecho menos para